

Navegar en el tiempo

La memoria de las ciudades siempre encontrará en Valparaíso una escalera de Jacob para subir al cielo de cada uno. Así reflexiono mirando la portada del libro de Franklin Quevedo, crecido en Valparaíso, inmerso en Santiago, cuya editorial (Planeta) acaba de regalarnos en su último libro "Valparaíso Navega en el Tiempo", impreso por Andros Ltda.

Puede decirse que Valparaíso sigue navegando en el tiempo... En el tiempo editorial.

Ese tiempo y escalera en el cual es cada uno dueño de su propio cielo. El cielo de Valparaíso da para todos los cielos. No importa que te caigas a un cauce abierto, como me ocurrió una vez frente a la Universidad Católica. Acababa de llover y quedé tapado de agua hasta el cuello.

La "trampa mortal" como se dice quiso tragarme, pero no pudo. Bajo mi pie derecho surgió un pedazo o un escombros, tal vez la pata gruesa de una silla. El hecho es que, como pueden ustedes ver hoy, no me ahogué. Me paré en ese pedazo de salvación subterránea y quedé como en la bandeja del Bautista, sólo que barrosa y movediza.

Perdón, Franklin, por estas visiones que se vienen a la mente cada vez que uno está hablando de otra cosa. Pero tú eres de este Valparaíso sagrado de hoyos y perforaciones. Y debes quererlo tanto como yo. Así es que, vamos a tu libro que se agrega a la zaga de publicaciones que están apareciendo sobre Valparaíso, la ciudad del Viento. D'Halmar prefería decir La ciudad del fuego. Decía que sus incendios eran como los de Estambul.

Franklin Quevedo Rojas, aunque nació en Linares, fue porteño. No siempre sonos del lugar donde hemos nacido. A los seis años empezó a vivir en Valparaíso, edad ideal para pasear en la Imperial de los tranvías, ver a los caballos, sacar su sed en los bebedores municipales desaparecidos y temblar en la noche de niebla con el mugido cavernoso de "la boya de mar" o "torito de mar". Quien la oyó, lo sabe. Edad en que una ciudad se pega como estampilla al corazón y la memoria, porque ambos están incomunicados como una lancha cargada de pasajeros que sale del muelle Prat en un día de viento sur.

Es periodista, esta profesión "sin rúbrica precisa", como decía la Mistral, pero que empieza a tener rúbrica. La palabra rúbrica da para muchas cosas, que ahora están

Sara

Vial



ampliando el periodismo como no se concebía años atrás. Por ejemplo, la crónica literaria. Antes era de fútbol, la de espectáculos, la policial. Ahora, inopinadamente, surge, con buenos antecedentes en el tiempo, la crónica literaria. A la gente le gusta. Y la gente manda. Es la que compra el diario. ¿Se imagina usted un diario, que por naturaleza está hecho para la gente, que no venda un solo número, en un solo kiosco del planeta y ni siquiera en la librería de un amigo? Sería peor que el fin del mundo. Porque sin el mundo de la historia escrita por los diarios, la memoria por ellos guardada, sin aspirar al premio Nobel, sin sus errores y sus aciertos, sin su lógica en que la razón no siempre la tiene el cliente... ¿qué haríamos? ¿Libros solamente? No bastan. Por desgracia, quedarían un poco solos. Literatura y periodismo tienen su manera personal de conversar, que no siempre acotamos. "Se parecen y se diferencian en profundidad", me contestó una vez Neruda, aludiendo a la literatura y al periodismo. Coincide con este libro y con su brillante portada de ascensor, la reedición de la novela "Para Subir al Cielo", de Enrique Lafourcade.

Leida hace muchos años, vale la pena reencontrarse al marino Lucanor del prostíbulo de Las Latas, en el puerto, ya que amenazan con convertirla en película. Ojalá la hiciera Silvio Caiozzi. ¡Felicitaciones, Silvio, adelante con tu "Coronación"! José Donoso debe estar sonriendo en una estrella, junto a "La luna en el espejo". ¿Y se habla escépticamente de lo chileno? Ciento, a veces nos ponemos más tristes de lo necesario.

"Valparaíso entero nos consume", escribe el autor de "Todos éramos rosados". Verdad para. Su fuerza está en conmovir. "Y sólo perdura lo que consume", decía no recuerdo qué poeta.

"Porque la parte inerte de Valparaíso es sólo apariencia, sus habitantes la han humanizado y a su vez ella los ha penetrado y la llevarán por siempre en sus huesos, en su sangre, en su alma, así estén anclados en Yokohama o en Edo, o bajen por el Mississippi, o remonten por el Amazonas".

Prefiero, yo también, ver a Valparaíso navegando en el plano editorial que mucho tiene para nutrirse de su yodo pionero, que verlo enviado al fondo del marino escepticismo, como el pobre carguero libiano Avon.

El cielo de Lafourcade, el de Franklin Caicedo, el de Salvador Reyes, el de Jacobo Dunker, el de Edwards Bello, el de María Graham, el de Vicuña Mackenna, el de Guillermo Quilones, el de Juan Negro, el de Alberto Rojas Jiménez, el de Oreste Plath. El de los prosistas y poetas en sus escalinatas de arena y sal. El cielo de los memorialistas que de pronto salen como submarinos portando crónicas intemporales.

El Valparaíso donde Pedro de Valdivia pescó 80.000 dorados (peces). "Se llamó dorado por su semejanza con un pez de igual nombre en España".

Pedro de Valdivia, como un montón de gente..., "le tenía inquina a Valparaíso". De haber habido luz en ese tiempo, también le habrían cobrado más caro que al resto del país. ¿Qué sucede con este amor-odio? Que por un lado todos hablan de Valparaíso, se hacen películas, se publican libros, se le elige Capital de la Cultura, se la quiere llevar a la Unesco (difícil, mientras no nos pongamos de acuerdo...).

Franklin Quevedo cuenta cosas entretenidas. Dice que cuando el corsario Francis Drake, después de robar todo lo que pudo, desde los copones de oro de La Matriz a cuanto halló en los buques de la bahía, le llevó a la Reina de Inglaterra "cuando lo fue a esperar al puerto de Plymouth" las vinajeras de vino chileno, porteño y cristiano que se había robado de La Matriz: "Lo que no se sabe es si la Reina le dio el título de Sir antes o después de haber probado el vino de Valparaíso" (!).

Este libro contiene detallado recuento de los peores incendios de Valparaíso, con un carácter informativo y documental bastante útil para los porteños que no recuerdan más que el del 1 de enero de los años 50, con las cabezas de los infelices bomberos prendidas de las palmeras de la Avenida Brasil cuando explotó un polvorín instalado (sin anuncio) en pleno centro. "No hubo culpables".

Junto a sus propias vivencias, el autor incorpora amenos fragmentos de otros autores, dando al libro el carácter misceláneo que tiene Valparaíso.

"Cuando Valparaíso era un emporio, era una ciudad de olores", dice Lukas, "el perfume de los chocolates, las galletas, cubría manzanas enteras. Los olores aterciopelados y misteriosos acumulados en las bodegas...".

Joaquín Edwards hablaba del olor a chancaca de los almacenes.

¡Qué Valparaíso!

Navegar en el tiempo [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Navegar en el tiempo [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)